

V Domingo de Cuaresma (06-04-25)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Ya cerca de la semana principal de nuestra historia de Iglesia, de siglos de volver al fundamento de Jesús, en este domingo se nos invita a todos a esperar, a abrir el corazón, porque se está generando en nosotros algo nuevo. El ser humano está hecho para ir más allá de lo que vive, esperando siempre realizar una vida mejor; está orientado hacia un futuro. Y el Señor se coloca en ese anhelo y en esa tendencia hacia el futuro para decírnos que Él está haciendo germinar ese futuro.

Por eso, en el libro de Isaías (43,16-21), que está inscrito en la tragedia que vivió Israel en el exilio cuando los deportaron a Babilonia, le dice el profeta Isaías a su pueblo: “*Ya no recuerden lo antaño, no piensen en lo antiguo. Miren que realzo algo nuevo, ya está brotando, ¿no lo notan?*”. Esto es muy interesante porque quiere decir que el pueblo que no ve soluciones a los problemas es invitado por el mismo Dios, a través de su profeta, a entender cómo hay cosas que se están desarrollando y germinando escondidamente, y que van a ser la esperanza que se va a realizar.

Y, por lo tanto, todo cristiano, todo creyente, está llamado a creer en ese Dios que el profeta Isaías llama el “Dios escondido”, que está escondido y se revela en la historia, y que suscita esperanzas en la humanidad. Es muy importante que, en esta próxima Semana Santa y en este

mes, vayamos a celebrar el acontecimiento que nos permite volver a releer nuestra historia para encontrar un camino de esperanza. Y ver, en las cosas casi insignificantes que están allí cundiendo y abriéndose paso, ver la presencia de la esperanza del Señor y también de nuestra historia.

En ese sentido, el salmo 125 nos dice: “*Los que siembran entre lágrimas, cosechan entre cantares*”. Al ir iban llorando, depositando la semilla; al volver, vuelven cantando, llevando sus atados de trigo. Qué importancia tiene esto, hoy que en nuestro mundo tenemos que poner muchos esfuerzos para muchas cosas, y que son muy trabajosas, pero siempre podemos ir más adelante porque hay una novedad hacia la cual vamos. Y esa novedad, en la Carta a los Filipenses (3,8-14), dicho por Pablo, es Jesús, por el cual se deja todo para que, asumiéndolo en nuestra vida por su amor gratuito, generoso, y total, podamos seguir caminando alentados, promovidos, creciendo en dignidad y creciendo también en eso que tenemos todos los peruanos: la capacidad de ser hermanos entre todos nosotros.

Recuerdo a la Guardia Republicana porque todavía era pequeño. Aunque ya no está en función, no ha desaparecido porque sigue en las promociones de aquellos años que aun viven (mi papá era de la Guardia Civil). Y es muy importante esas guardias que desarrollaron su misión como policías fieles, como guardias fieles, que saben hacer su tarea. Qué lejos estamos hoy de los tiempos en donde se cultivaba esa comunidad que ustedes mantienen, gracias a Dios. Una comunidad que es como las hermandades, como

las que nos acompañan hoy: la del Santísimo Sacramento y la del Señor Crucificado del Rímac.

Hacemos hermandad porque queremos hermanarnos, y solamente se hermanan los que se sienten iguales a pesar de ser diferentes. El que nos hermana es el Señor que es el Hijo, y por ser Hijo todos somos hijos del mismo Padre y hermanos entre nosotros. Y nosotros, entonces, en primer lugar, hemos de desarrollar nuestra capacidad de ser hijos y hermanos. Y vamos al Evangelio que, justamente, presenta a Jesús como esta novedad radical, profunda; porque en Israel se habían instalado los sacerdotes que, como hemos dicho en otras celebraciones, ellos llegaron a manipular cosas que estaban en los inicios (como los diez mandamientos), pero la llenaron de normas y, especialmente, de sentencias.

En los diez mandamientos aprendemos: “no desearás a la mujer de tu prójimo”, “no cometerás adulterio”. Pero no dice: “y te apedrearán si cometes adulterio”. Eso se agregó después. Por eso, cuando leemos los evangelios y la Biblia tenemos que leer dos cosas: la Palabra de Dios que está ahí presente, y la palabra del hombre que mete sus cositas. No todo en la Biblia es Palabra de Dios. La Palabra de Dios es aquello que nos es revelado por parte de Dios. Pero hay cosas accesorias también en la Biblia.

Por esa, razón hermanos y hermanas, hoy día vamos a ver brevemente cómo el Señor hace una superación de la ley, especialmente, esa ley que se había encaramado en los poderosos sacerdotes que empleaban al templo como una fuente de acumulación de dinero, y que inclusive sucede

hasta ahora en la Iglesia Católica, por lo que debemos todos estar atentos para que el espíritu de hermandad y filiación al Señor no sea destruido ni corrompido.

Jesús está orando en el Huerto de los Olivos y, luego, sale. Ya en el amanecer, se pone a enseñar en el templo. Bien importante, porque estamos de la oscuridad a la luz, de la noche al día, al amanecer. Y la gente acudía a Él con su necesidad y el Señor responde enseñándoles.

Pero los oscuras escribas y fariseos le ponen un caso terrible para que, en cierto modo, Él colabore con su manera de pensar y con las sentencias que ellos mismos en la historia habían impuesto. Son seis siglos de presencia sacerdotal en Israel, en donde había también manipulaciones de la Ley, fuertemente.

Entonces, ellos traen a una mujer sorprendida en adulterio, la colocan en medio, y le dicen: “La Ley de Moisés nos manda a apedrear a las adúlteras, ¿Tú qué dices?”. Por si acaso, no era la Ley de Moisés, es la ley de Moisés interpretada por los sacerdotes.

Y esa ley era algo así como totalmente extrema, a rajatabla, sin capacidad de comprender al ser humano, inhumana. Y se hacía en nombre de Dios a partir de la experiencia de Moisés. El Señor, ¿qué hace? ¿Habla inmediatamente? No. El Señor, en cierto modo, vuelve al Huerto de los Olivos con este gesto: se queda en silencio en cunclillas y escribe en el suelo y espera.

Este gesto sencillo es una cosa muy importante en el día de hoy, hermanos y hermanas, porque está habiendo una

situación gravísima en el mundo en donde, como estamos muy acelerados, todo el mundo da respuestas inmediatas que salen del hígado o del primer interés o de la primera agenda propia que cada uno tiene; pero no vemos el bien de todos, el bien común, que es lo que aprendieron los hermanos de la Guardia Republicana, el bien de toda la sociedad.

Cuando no vemos el bien común, empezamos con intereses propios en donde, entonces, estamos dispuestos a liquidar a cualquiera con cuatro palabras. Y lo estamos viendo a nivel mundial con ciertos tipos de líderes que lo que están haciendo es destruir al mundo, destruir nuestras relaciones de humanos y generar una situación caótica para ganar a manos llenas.

Por esa razón, Jesús piensa bien lo que va a decir. Si ustedes recuerdan, el pecado de Adán y Eva consiste en apresurarse a comerse el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Lo vieron jugoso y se lo comieron. Pero el discernimiento del bien y el mal no se puede comer, está prohibido comerlo, hay que emplearlo, hay que razonar, hay que reflexionar, hay que ser profundos, no apresurarse a tomar decisiones sin sentido. Y eso nuestro pueblo lo sabe porque, quien sufre mucho, tiene que pensar mucho para ver cómo sale del sufrimiento. Y eso implica salir juntos, no solamente individualmente.

Y entonces, Jesús ha estado razonando. Les cuento el problema que hay: Si la ley de Moisés, ordenada y manipulada por los sacerdotes, decía que había que apedrear, también es cierto que, en el Imperio Romano, en

esa época (tenemos información), se había quitado el permiso para que los judíos, que estaban dominados ahora por los romanos, hicieran sentencias a muerte (porque parece ser que los romanos estaban hartos de que hubiera mucho lío).

Y las sentencias a muerte generaban problemas. Entonces Jesús está en un dilema porque si Él dice: “como ha pecado, pues apliquen la ley”, estaría en contra del imperio romano; pero si dice lo contrario”: “no, no la apliquen”, está en contra de la ley. Este es un juego donde sea cual sea la alternativa, la mujer no importa, es solo un objeto para un fin. La mujer es tratada con desprecio, como tantas veces ocurre en nuestra cultura, en donde llegamos a niveles terribles de maltrato de ellas entre nosotros.

Jesús, desde ese momento, se da cuenta que eso no es vivir, que la vida es siempre el tratar de dar oportunidad, acompañar, reconocer el valor, inclusive, de la persona pecadora. Y, justamente, esta Semana Santa y esta cuaresma sirve para comprender que todos somos importantes, todos valemos, tenemos que ayudarnos a corregirnos mutuamente y a comprender a ver las cosas como son, a demorarse en reaccionar.

En ese sentido, en este domingo, se nos invita a tener la misma actitud de Jesús y a no apresurarnos demasiado que después podemos producir muchas injusticias. Y, entonces, Él, que sigue escribiendo se levanta y después pronuncia estas palabras que todos las conocemos: “*El que esté libre de pecado que le tire la primera piedra*”.

No había uno solo que no reconociera que era pecador. Todos se fueron apartando uno a uno, y Jesús volvió a seguir reflexionando y pensando hondamente, sentadito y dibujando en el suelo. ¿Por qué? Porque iba a hacer una cosa nueva. Estaba pensando ¿qué hago ahora? Y lo que hace después es hablar con la mujer: “*¿Dónde están tus acusadores? Ninguno te ha condenado?... “Ninguno Señor!*”, dice la mujer. Dice Jesús “*Yo tampoco te condeno. Anda, sigue adelante,...y no peques más*”.

Esto es muy importante, hermanos y hermanas, porque Jesús afronta una situación con mucha profundidad e inteligencia, con profunda sabiduría y, simultáneamente, piensa bien qué le va a decir a esta mujer. Y, finalmente, la alienta reconociendo que es pecadora, pero no recriminándola, sino ayudándola a salir adelante. Simultáneamente logró que todos se desviolentaran, uno a uno. Eso es muy importante entre todos nosotros: ayudarnos a corregir de esta manera. Lo que corrige siempre y de verdad es el amor gratuito. No nos vamos a cansar de decir que la gracia, si no es gratuita, es una desgracia.

La gracia no se construye a pulso de cincuenta obras para ganarme al Señor. Él nos ama a todos porque es nuestro Padre y somos sus hijos, y no tenemos que hacer ningún sacrificio ni holocausto para ganarnos su favor. Más bien, como cristianos, hemos de acoger al Señor siempre y hacer las obras que Él hacía, que nos inspiran y alientan a seguirlo, hacer obras gratuitas y convertirnos todos en un regalo para los demás. “Gratuito” significa “regalo”, y ese

regalo significa intercambiar regalos entre nosotros de nuestras vidas, yo ser un regalo para ti, tú serlo para mí. También con el regalo de la amistad, de la comprensión, de la escucha.

Por eso, el Santo Padre ha decidido, junto con el Sínodo de la Sinodalidad, aprobado como Magisterio Universal de la Iglesia, que la Iglesia tiene que tomar formas distintas y no ser uniforme y homologadora, y estándar para todos, basada en normas que todo el mundo obedece y no sabe por qué las obedece. Una Iglesia como Pueblo de Dios que es sujeto de conversación, de aliento, de promoción humana; para que enseñemos sencillamente al mundo que no es necesario destruirse ni matarse, sino que es necesario compartir nuestro ser.

Pero si en la Iglesia no se hace primero eso, y en la Iglesia estamos todo el día mandoneando, mangoneando y castigando, lo que hacemos es destruir el gran proyecto de Dios que es su Reino en esta tierra, que después nos llevará el Señor al suyo eterno, más allá de la vida humana, pero que hoy día estamos llamados a anticipar; y que nuestra Iglesia, desde hace más de 65 años, ha venido realizando.

Por eso, hoy día, hermanos y hermanas, respetar, en primer lugar, a la mujer; respetar a los pequeños; no hacer las cosas en nombre de Dios que después son diabólicas, como ha sucedido en diversos grupos de la Iglesia que se han llamado católicos y son un mal ejemplo para el mundo; o personas individuales que se aprovechan de la Iglesia y la usan para sus intereses. Tampoco se usa la Iglesia para un

interés político partidario. La Iglesia se usa para mostrar el rostro amoroso de Dios y para inspirar al mundo nuevas actitudes, inclusive, nuevas actitudes políticas. Pero no para hacer política partidaria y decir: “acá hay un partido cristiano o católico que es el mejor”. La Iglesia no tiene “partido propio”, la iglesia forma la conciencia y deja en libertad, no manipula la conciencia.

La Iglesia guarda su misión en acompañar humanamente a la gente para que seamos más personas, seamos libres. Y, en el caso del Perú, seamos plenamente peruanos, todos, sin distinciones, a lo que hemos aspirado durante tantos años en la República.

Por eso, hoy día, quiero mencionar lo que dije al inicio de la misa, el que se haya aceptado por parte de las autoridades cuzqueñas que por fin se entierren en el Perú los restos (aunque sean diminutos y mezclados) de Fernando Tupac Amaru, hijo de José Gabriel Condorcanqui y de Micaela Bastidas. Esta acogida tiene una gran importancia para nosotros porque reconocemos, en ese niño maltratado, que se llevaron de acá y no se sabía dónde estaba y, finalmente, se encontró su tumba gracias al señor Aldo Olcese, significa que nos reconciliamos con esa terrible muerte de su Padre que todos recordamos, alado de los caballos y destruido y maltratado. Y agradecemos a las autoridades del Cusco que, unidos al señor Olcese (que acaba de morir), han acogido esos restos que se van a enterrar en Cusco dentro de unos días. Y ayer, gracias a Dios, en el Congreso fue recibido oficialmente. Y está bien, bueno, alguna obra buena hay.

Que Dios los bendiga a todos y seamos siempre promotores de los demás, animadores, especialmente, de las mujeres que sufren, que son las más maltratadas en nuestro país todavía. Tenemos que superar esa mancha que todavía tenemos, y ayudarnos con toda sinceridad como católicos para dar testimonio de que estamos anticipando, en la Iglesia, el país que buscamos. Como lo están haciendo los jóvenes cuando bailan en las plazas, como están haciendo las personas que salen a la calle para decir “basta de muertes”, y también reconociendo que nos falta mucho porque la irresponsabilidad sigue cudiendo, especialmente, ahora que nos hemos enterado de que hay niños enfermos porque han comido pescado podrido.

Hermanos y hermanas, ayudémonos a ser responsables. Y ayudemos a que las autoridades también lo sean. Y critiquemos seriamente si hemos errado, díganos qué está mal y cómo podemos mejorar. Por eso, dentro de poco, comenzarán, en todas las iglesias de Lima, las Asambleas Sinodales Parroquiales, para que el Pueblo de Dios hable y se modifiquen las parroquias según las necesidades que tienen, en las cosas buenas que deben hacer para que mejoren, y para que no tengamos el cura mandamás y el pueblo esclavo. Nunca más.

Por eso, hoy día, alegrémonos porque Jesús todas esas cosas nos las ha enseñado hoy.

Amén.